

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Madrid*, por D.^a Carolina Sorel.—*Los haces de trigo*, por D.^a Angela Grassi.—*El Cielo y el Mar*, por D. A. F. Grilo.—*Al partir* (poesía), por D. Eusebio Blasco.—*La Hermosura del alma* (continuación), por D.^a Micaela de Silva.—*Abnegación heroica*, por A.—*Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*LÁMINAS: Figurin*, número 822.—*Grabado de Labores*.

REVISTA DE MADRID.



A emigración veraniega que se había retrasado por la prolongación de la Primavera, se ha desbordado á los primeros días de calor, y desde mediados de Julio apenas leemos en los periódicos otra cosa que noticias de las familias más notables que abandonan la corte para trasladarse á los puertos de mar y establecimientos de baños, donde se encuentran reunidos los placeres de la vida social con la libertad del campo, y sin la etiqueta que imponen los salones aristocráticos. Otros, más felices aun, van á buscar grata sombra bajo los frondosos árboles de sus grandes posesiones, para olvidar por algunos meses las agitadas pasiones de las populosas ciudades entre los goces tranquilos de la naturaleza.

La sociedad elegante de Madrid se agolpa hoy á las estaciones del ferro-carril, cuyos wagones se multiplican como por encanto, según el número de viajeros que se presenta, sin más trabajo que aumentar coches, enganchándolos á los primeros en una cadena interminable, que se aleja rápidamente de nosotros llevándose nuestra alegría y enviándonos en el negro penacho que forma el humo de la locomotora el triste adiós de la despedida.

Madrid va presentando cada día que pasa un aspecto más triste; parece una matrona desolada á quien sus hijos abandonan por correr á las fiestas que otros pueblos más privilegiados les ofrecen. El verano, que da vida y animación á la naturaleza entera, aplaná de una manera deplorable á la corte de España, y no es verdaderamente porque el calor

nos sofoque como en otros tiempos; las abundantes aguas del Lozoya dan frescura á las calles y lozanía á los paseos. Pero la Moda hace la señal de marcha, y es preciso seguirla. Súbditos nosotros, los más fieles de esta reina absoluta, estamos casi dispuestos á renegar de sus caprichosos mandatos.

Hace pocas tardes el ancho paseo de coches en el Prado, apenas bastaba á contener tres ó cuatro hileras de lujosos trenes; dentro de pocas noches apenas lo cruzará algún raquítico coche de plaza, protector de amores de contrabando.

Estos traqueteados vehículos, que han reemplazado á los antiguos calesines, son uno de los adelantos de la época, pero no nos atreveremos á decir si hemos ganado ó perdido en el cambio. Tirados por escuálidos jamelgos, guiados por cocheros desaseados, y muchas veces de modales poco atentos, son, con cortas escepciones, más bien el tormento que el descanso de los que los usan.

El antiguo calesero con su marsellés, su calzon ajustado, su calañés y su faja de seda, era el verdadero tipo de Figaro. Hablador sempiterno, decidor oportuno, repartía sus chistosos apóstrofes entre su valiente jaco y la amorosa pareja á cuyos pies se sentaba amigablemente. Confidente de aquellos amores al aire libre, los compartía, por decirlo así, galanteando á la maja, sin excitar los celos del curriльо, por más que éste la echase de maton y penden-ciero. Así esta trinidad, *non santa*, volaba por las calles de Madrid hacia la Pradera del Canal ó la Plaza de Toros, acompañada su sabrosa plática por

los chasquidos del látigo y el sonoro ruido de gruesos cascabeles.

Pero volvamos al Madrid moderno. Cerrados los teatros, suspendidas en la canícula las corridas de toros, la población elegante se refugiaba en las noches calorosas de los dos años anteriores al salón de Conciertos de los Campos Eliseos, y muchas noches al cómodo y desahogado teatro de Rossini, verdadero coliseo de verano. Desalojado en este el Sr. Barbieri, por causas ajenas á su voluntad, de aquella ventajosa posición, ha trasladado sus conciertos á los Jardines de Apolo, dirigiendo con su acreditada batuta una centuria de escogidos profesores. Las funciones que ha dado hasta ahora han estado muy favorecidas, á pesar de que en algunas de ellas el frío se haya hecho sentir, porque el salón, aunque elegantemente decorado, tiene por techumbre la bóveda celeste.

Las noches en que no hay concierto, la buena sociedad se reúne en el Prado, que ha recobrado el aspecto de sus buenos tiempos. La concurrencia es lucida y numerosa, embellecido el paseo por graciosas pollitas que lucen frescos y airosos vestidos blancos, listados, en cuerpo, y con suntuosa cola, porque aunque la Moda ha prescrito ya para calle los vestidos cortos, no hay que olvidar que el Prado es un salón.

Y entretanto, nos olvidábamos nosotros de que la Moda viaja, y que por consiguiente no hay que buscarla en Madrid.

Trasladémonos á uno de los establecimientos de baños, y en él observaremos, entre otros, como tra-

je de paseo, un vestido de seda, color de salmon, cortada la falda al biés, lisa por delante, armada sin pliegues en la cintura, y adornada en el bajo con un encaje blanco, de Irlanda: el cuerpo es liso y la manga también. Con este traje se lleva una rotunda de la misma tela y adornos del vestido, cortada de manera que forma dos puntas á cada lado del bajo, y orillada de un junquillo de gró blanco. El sombrero es de paja perlada, guarnecido alrededor de un rizado de crespon azul. A un lado se coloca un ramo de rosas, sobre una barba de punto de Alençon, que viene á caer sobre las bridas de cinta azul. (*Figurin núm. 822.*)

Indicaremos otro vestido, de campo y para baños, de una tela de mezcla gris, cuya falda, muy corta y cortada en grandes picos, descansa sobre un volante de la saya interior, que es de la misma tela, y que también queda un poco corta; los picos de la falda superior van guarnecidos de pasamanería, con un ramo bordado de seda negra en el centro de cada pico. El paletot, que completa este traje, es muy ceñido y de la misma tela y adornos. Le acompaña un sombrero de paja de arroz con bordes almenados á la griega, contorneados por una cinta puesta á caballo y una puntilla negra, ligeramente fruncida: por delante, en los huecos de las almenas, se coloca una margarita blanca; y en la parte superior clavellinas azules. Este adorno de flores campestres se completa por una cinta de seda blanca, ancha y con filete encarnado, que rodea por encima el sombrero y viene á formar las bridas, anudándose debajo de la barba.

CAROLINA SOREL.

INSTRUCCION.

LOS HACES DE TRIGO.

Veleta que gira á todos los vientos, llama el hombre á la mujer, y no sin alguna verdad la llama así, porque estando dotada de imaginación mucho mas viva que la suya, y de una sensibilidad mucho mas intensa, necesita una razón muy sólida y una fortaleza de alma no común, para contrabalancear el poder de sus impresiones rápidas, de sus deseos fugaces.

Así, pues, la imaginación y la sensibilidad son dos enemigos formidables, contra los cuales debe luchar desde su mas tierna infancia, porque de estos dos enemigos nacen sus defectos mas trascendentales: su irreflexión para obrar, sus caprichos, sus veleidades é imprudencias.

Si se abren los diques á un riachuelo de poca monta y

escasas aguas, aunque se desborde, el estrago no será nunca muy grande; pero si se abren á un espumoso torrente, ¿quién puede asegurar que no se inundarán los campos, y desaparecerán envueltos en sus ondas, casas, pastores y rebaños?

Nada importa por lo tanto, que el hombre se deje llevar por los vuelos de su imaginación, ó los impulsos de su sensibilidad, porque estas dotes escasas en él, nunca llegarán á convertirse en vicios; pero una mujer no puede hacerlo.

Una mujer veleidosa, y entregada á caprichos incesantes, no solo labra la infelicidad de cuantos la rodean, sino que también labra la suya propia, siendo sin cesar juguete de los acontecimientos que ella misma ha provocado.


Se ha dicho que Dios, al formar á sus criaturas, les hizo el presente de su libertad moral, y es cierto, porque si no fuesen libre albedrío, no serían ni grandes, ni poderosas, ni imágenes del que las ha creado.

Sin embargo, esta libertad es relativa, no absoluta.

Puede el hombre tirar ó no tirar la piedra que guarda en la mano; pero desde el momento en que la arroja lejos de sí, la piedra, obedeciendo á las eternas leyes de la física, irá á parar indefectiblemente al centro de la tierra; puede obrar el bien ó el mal, segun sea su antojo, pero ambas cosas producirán consecuencias precisas, previstas y marcadas por la diestra oculta que gobierna el universo. De verdad tan inconcusa debió tomar origen el refran vulgar de que: *quien mal hace mal encuentra*, y en efecto los fines corresponden siempre á los medios que se emplean, y lo mismo que en las matemáticas, una suma de errores ó malas acciones, no puede producir mas que un total de su misma especie.

De modo que el hombre es libre para obrar; pero no puede torcer en lo mas mínimo la marcha de los acontecimientos que provoca, porque estos entran en el dominio de la Providencia, encargada de dar premio á la virtud, y castigo al vicio.

Ejemplo de esto, ofreció al mundo D.^a Urraca, reina de Castilla, que ciñendo una espléndida corona, y siendo estimada en general por sus amables prendas, vivió una vida llena de sobresaltos y amarguras, merced á la volubilidad de su carácter.

Debió  VI, tan querido de los castellanos, tan temido de los sarracenos, y tan desgraciado con la muerte de su hijo único D. Sancho, el cual fué sorprendido por los moros en la célebre batalla de Uclés, en donde perdió la vida, juntamente con los siete heroicos Condes que le acompañaban.

Hallándose el Rey achacoso, á mas de triste, y sin sucesion varonil, prometió en matrimonio su hija D.^a Urraca al rey de Aragon, Alfonso I, llamado el *Batallador*.

Era esta señora viuda de D. Ramon, conde de Borgoña, de quien tenía un hijo llamado tambien Alfonso. A éste concedió el Rey anciano el Señorío y Condado de Galicia, reservando para su hija las coronas de Leon, Asturias y Castilla.

Mal auguraban de tales disposiciones sus vasallos, pues por un lado conocian la ligereza, imprevision y poca cordura de la heredera; por otro el génio ambicioso del monarca aragonés, que postergaría á la suya la bandera de Castilla, y por desgracia los sucesos vinieron pronto á confirmar tan tristes vaticinios.

Pintaba la fama al rey de Aragon, bizarro y atrevido, é inflamada la imaginacion de D.^a Urraca por tan heroicas prendas, le mandó á llamar con vivisimas instancias así que murió su padre para desposarse con él, á pesar de las representaciones de todos sus amigos, que la mostraban los graves inconvenientes que ofrecia esta union; á pesar de las súplicas calurosas de sus vasallos, que temian perder su independencia.

D.^a Urraca á nada atendió, obstinándose en su propósito, y solo empezó á vacilar cuando vió que Alfonso llegaba á sus Estados, no rodeado de su corte, sino seguido de un ejército.

En efecto, los aragoneses se apoderaron como señores de todas las plazas fuertes, y Alfonso se tituló á sí mismo,

con sin igual prosopopeya, Emperador de Castilla y de toda España.

No fué esto solo; Alfonso, grande en el campo de batalla, era torpe y encojido entre las damas. Sus modales, un poco bruscos, disgustaron á D.^a Urraca, quien pasando repentinamente del amor al odio, apenas se hubo casado con él, apenas le hubo seguido á Aragon, cuando ya arrepentida y quejosa, por no decir la verdad, pretestó que el matrimonio era nulo, siendo ambos esposos primos carnales, y solicitó el divorcio.

Esta pretension dió origen á serias desavenencias entre ellos, y tales llegaron á ser, que Alfonso, irritado con el desvío y la altiva condicion de la Reina, la encerró en la fortaleza de Castellar.

Entonces D.^a Urraca, ardiendo en ira, en vez de apelar á los medios de conciliacion, apeló á la venganza, y no teniendo en cuenta la sangre de sus vasallos ni sus haciendas, comprometidas en una lucha sangrienta, llamó á sus parciales, se fugó con su ayuda de Castellar, y buscó un asilo en Leon, y despues en Soria.

La guerra que se suscitó entre ambos esposos fué horrible, peleando por la Reina, leoneses, asturianos, castellanos y gallegos, y por el Rey, aragoneses y navarros, auxiliados á veces por los sarracenos.

La fortuna se decidió por Alfonso, quien se apoderó de Toledo y ganó una gran batalla junto á Sepúlveda. Viéndose la Reina en tal conflicto, y perdido el ánimo de los suyos, determinó levantar por Rey á su hijo Alfonso. El tierno infante fué llevado secretamente á Santiago de Galicia, y unido Rey de Leon y de Castilla en el templo del Santo Apóstol.

Alentados los partidarios de D.^a Urraca, con la presencia del niño coronado, juntaron nuevas tropas y marcharon al encuentro del enemigo; pero por segunda vez fueron derrotados y dispersos.

Siguió, no obstante, la guerra, y por fin con la ayuda de Portugal, pudo la Reina imponer condiciones al altivo aragonés, quien se volvió despechado á sus Estados, mientras reunidas las Cortes de Castilla y de Leon, declaraban nulo el matrimonio.

Pero entonces D.^a Urraca tuvo celos de su propio hijo, á quien disputó hasta el gobierno de sus legítimos Estados de Galicia, y encendida de nuevo, con grande escándalo del mundo, la guerra sangrienta y fratricida, acabó de esquilmar á los infelices vasallos, y arrebató al Estado muchas vidas. Durante los seis años que duró esta contienda vergonzosa, se vieron convertidos los campos de Leon, Castilla y Galicia, en sangriento teatro de robos, violencias, asesinatos, y de cuantas calamidades puede producir la civil discordia, hasta que Dios, apiadado de tantos males, les puso término, valiéndose para esto de un débil niño, segun refieren crónicas añejas.

Sitiaba el jóven Rey á Arévalo, en donde se habia refugiado su madre, é impidiéndole dormir el natural desasosiego de quien lleva á cabo malas obras, se levantó antes del alba, y se dirigió á los montes.

Sentóse allí sobre una fuente, é influyendo tal vez en su ánimo la serena majestad de la noche, asomaron á sus

ojos lágrimas de tristeza. ¡Rodeado de gloria, le hacia falta el amor de la familia!

De pronto, sintió agitarse el follaje, y vió aparecer á lo lejos un bulto de forma vaga é indecisa. No sabiendo si seria hombre ó fiera, se ocultó detrás de la hojarasca, y vió con gran sorpresa que el que se adelantaba era un niño de seis ú ocho años de edad, el cual venia cargado con muchos haces de trigo.

El niño se acercó á la fuente, movió un resorte, dejó que desaguase toda el agua en el receptáculo, y se dispuso á penetrar en la húmeda y oscura mina.

Movida la curiosidad de Alfonso, le siguió cautelosamente, y solo cuando se hallaron á la mitad del subterráneo, le preguntó adónde iba, y cuál era su objeto.

El pobre niño, trémulo y asustado, confesó que todas las noches salia á coger haces de trigo para llevárselos á su madre, que viuda y pobre, moriría de hambre sin su auxilio, atendida la escasez de víveres que habia en la plaza sitiada.

—¿Cómo, dijo el Rey, por socorrer á tu madre cruzas sólo este negro subterráneo, sales al campo, en donde te ofrecen mil peligros los hombres y las fieras? ¡Pero te amará mucho tu madre!

—¡Oh, sí! dijo el niño con entusiasmo; pero aunque no me amase, ¿no tiene obligacion el hijo de socorrer á sus padres?

—Pero si ella fuese contigo injusta, cruel!... exclamó Alfonso!

—¡Haría lo mismo! repuso el niño con sublime sencillez, porque Dios ha dicho: honra á tu padre y á tu madre, y vivirás largos días sobre la tierra.

—¡Marchemos, pues! gritó el Rey; tú acabas de indicarme mi deber!

Cuando el sol esparció sus primeros rayos, los soldados del campamento de Alfonso despertaron sobresaltados al

oir un confuso estruendo de cajas y trompetas, y creció su asombro al ver aparecer sobre los muros de Arévalo al Rey y á la Reina, que tiernamente abrazados, agitaban cada uno una bandera blanca.

—¡La paz, la paz! gritaron con embriaguez sitiados y sitiadores: ¡La paz, la paz! repitieron los ecos, llevando de confin en confin, de monte en monte, la dichosa nueva.

Aquel día fué un día de imponderable júbilo: abrazábanse los soldados de ambos bandos en las calles y las plazas; dábanse la enhorabuena mutuamente los ciudadanos, y el niño, causa de tal ventura, fué llevado en triunfo por orden del mismo Rey á la vivienda de su madre, y colmado de mercedes.

Compartió desde entonces D.^a Urraca el trono con su hijo; pero su felicidad duró poco, muriendo al cabo de cuatro años en tierra de Campos, y siendo sepultada en la iglesia de San Isidoro de Leon.

En el espacio de diez y seis años que sobrevivió esta infortunada Reina á su padre, tuvo frecuentes ocasiones para demostrar la volubilidad de su carácter; casada por amor con el Rey de Aragon, y separada casi al instante de él por odio; á veces madre tierna, á veces enemiga de su propio hijo, entregándose ciegamente, ya á los consejos de D. Enrique, conde de Portugal, ya á los de los condes de Castilla, rompiendo hoy los tratados que sancionaba la vispera, mudando á cada instante de parecer, segun las impresiones fortuitas del momento, no solo sembró de cadáveres los campos de su patria, no solo apuró hasta las heces la copa de amargura, sino que, desluciendo sus bellísimas prendas de amabilidad y discrecion, legó al mundo una memoria poco favorable de sus hechos, y manchada con las calumnias que los opuestos y enemigos bandos forjaron en su desdoro.

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

EL CIELO Y EL MAR.

Si hay alguna cosa en la tierra que pueda reflejar la inmensidad del cielo, es el mar. Un infinito, puede reproducir otro infinito, ha dicho Víctor Hugo.

La mar es un misterio. El cielo es otro gran misterio, que se refleja en la mar. Los dos se miran; los dos se estienden por espacios incommensurables; los dos se confunden en los lejanos límites del horizonte; los dos son inmensos:

Anda y sube á la montaña,
Y desde allí mira el mar;
Luego mira las estrellas,
Y luego ponte á pensar:

Y luego ponte á pensar
En lo que pasa por tí;
Y al bajar de la montaña,
Nunca mas querrás subir.

Estos versos son de un gran poeta.

Y verdaderamente, mirando al cielo, mirando al mar, contemplando esa bóveda sublime, salpicada de millares de estrellas, y meciendo despues la mirada por ese espejo cristalino, donde duerme el abismo como una noche larga y terrible, es tan brusca la transicion, son tan violentas las emociones, que fatigan el alma; es tan fantástico el sueño del espíritu, que el hombre tiene miedo de confundir su pensamiento con los aterradores secretos de la inmensidad.

Estrellas y olas; brumas y nubes; horizontes y riberas; aves del cielo y peces de la mar. ¿Quién intentará penetrar en vosotros?



Julio de 1866.

Lit.^a de Aragon.

Correo de la Moda.

Calle de Lope de Vega 10.

MADRID.

¿Qué hay en el cielo? Allí donde el trueno se arrastra con el eco de cien mares; allí donde se forja el rayo; allí de donde brota la luz y de donde sale la noche como un sudario del caos!

¿Qué hay en el mar? Allí donde se repite la voz de la tormenta; allí donde el ruido es eterno; allí donde la mirada se pierde; donde retrocede la conciencia; donde el alma se abisma!

¡El cielo y el mar! Hé aquí dos ojos que se miran frente á frente, que nada se ocultan, que todo se lo confían, y se lo revelan todo! Cuando el cielo necesita nubes, se las pide al mar; cuando el mar quiere engalanarse con su túnica azul se la pide al cielo.

Por cada perla del mar tiene el cielo una estrella. El cielo se las da todas, puesto que todas brillan en las aguas. De la misma manera, el mar envía sus perlas al cielo, condensadas en las nubes, y despues el cielo, agradecido, las manda á la tierra, convertidas en rocío, para que vuelvan á trasformarse en perlas en el seno de las flores.

¡El cielo! Este es el trono de Dios.

¡La mar! Esta es su alfombra.

Los que una sola vez se hayan entregado á la confianza de las olas en una frágil navecilla, á quien el huracan voltea como una pluma, como una hoja seca, como un grano de arena; los que una sola vez hayan vuelto los ojos á cualquier parte, lejos de las playas, divisando en todos los puntos *cielo* y *agua* nada mas; los que una sola vez se hayan encontrado en medio de esos dos infinitos, podrán decirnos, amables lectoras, algo de esa estática contemplación, de ese asombro mudo en que vacila el alma, debajo del cielo y por encima de la mar.

Ha dicho un poeta que los ángeles, en los primeros dias de la Creación, tejieron una inmensa gasa sobre los aires,

Que llenándola de rojos
Y de blancos resplandores,
Pusieron en sus colores
Todo el azul de sus ojos.

Es una idea bellísima para describirnos el cielo.

En el cielo se dibuja el arco iris como una pluma de brillantes hilos de luz; el cielo es la corona de los mundos. Allí brilla el sol; allí sonríe la luna; allí nacen las tintas con que se visten las auroras; allí despiertan los luceros; allí está Dios.

Tantas maravillas juntas necesitaban un espejo donde mirarse. Este espejo es el mar.

Allí donde el cielo es nebuloso, el mar es sombrío. Allí do el cielo es alegre, el mar se está siempre riendo.

La ira del cielo es la ira del mar. El rayo que brota en las nubes, es tan terrible como la ola que brota en el abismo. El relámpago ilumina el mar y enciende el cielo. La tormenta es el estrépito de dos gigantes que luchan: el cielo y el mar.

Cuando la noche es serena; cuando ni la mas ligera nube empaña el azul de los cielos; cuando parece que los

ángeles duermen á través de esa gasa de tul, prendida en el espacio, el cielo y el mar son dos amantes que se miran.

La luna descende á las aguas; se mece en las olas y se baña entre ellas como una ninfa de la noche. El mar suspira de placer; teje sus espumas como cintas de plata, y las salpica con collares de perlas, para recibir los halagos dulcísimos de su amante el cielo.

Parece mentira que debajo del mar ruja el abismo, y que mas allá del cielo fermente la tempestad.

La borrasca ha sido implacable. Las cataratas de las alturas han descendido á las profundidades de la tierra, como un diluvio momentáneo, y todo queda en calma despues. El cielo y el mar, que antes estaban enfurecidos, se miran entonces como dos amantes que hacen las paces, y que vuelven á sonreirse.

¡Qué grande es el mar! ¡Qué magnífico es el cielo!

¡El cielo! Este es el trono de Dios.

¡El mar! Esta es su alfombra.

A. F. GRILO.

AL PARTIR.

—¡Ay de mí! dice el naufrago al hallarse
Del hondo mar en el revuelto giro.

—¡Ay de mí! dice el huérfano al mirarse
Solo y cercano á su postrer suspiro.

—¡Ay de mí! los que hieren
El ancho espacio en gritos de dolores,

—¡Ay de mí! los que mueren
Del combate en los últimos horrores.

Y yo tambien al verte

Dejarme solo, indiferente y fria,
Perdiendo vida y alma con perderte,

—¡Ay de mí! sollozando repetia.

EUSEBIO BLASCO.

LA HERMOSURA DEL ALMA.

(CONTINUACION.)

Enriqueta y Matilde, retiradas del trato de las gentes, cuidábanse poco de lucir, y mucho de aprender. Paulina li-sonjeábase con la idea de que no tendria rivales en elegancia y hermosura, veíase halagada y reconocida como la reina de las hermosas, y gozaba de antemano en los triunfos de su vanidad.

Una mañana, cuando nadie la esperaba, presentóse Matilde en el castillo de Montbrison, arrojóse al cuello de su tia, y sin decir una palabra, besábala llorando y riendo á la vez como una loca.

—¿Qué te pasa, mujer? ¿Qué tienes? Preguntábala su tia sin saber á qué atribuir aquellos estremos y caricias.

—¡Mi padre! ¡mi padre! mi padre! repetía Matilde tartamudeando, porque la emoción embargaba sus acentos.

—Delira de contento, dijo su tutor entrando en la sala, adonde su pupila le había precedido. Hemos tenido carta de Valency....

—¡De mi hermano! ¿Vive aún? Dios sea loado! exclamó la tía devolviendo sus abrazos á la sobrina, y como ella derramando lágrimas de júbilo; hasta el doctor tenía los ojos humedecidos, solo Paulina los tenía enjutos, solo ella permanecía indiferente y fría espectadora de aquella escena de familia, como sino se tratara de la suya.

Los criados esparcieron la noticia por el castillo, y todos acudieron á felicitar á Matilde, repitiendo:

—¿Con qué hay noticias del amo?

—Sí, amigos míos, mis buenos amigos, contestábase Matilde volando á su encuentro.

—Mi padre ha escrito... viene á Francia, pronto le veremos....

—¡Pronto le veremos, repitían los fieles servidores. ¡Oh! ¡Bendito sea Dios! ¡Mil veces sea bendito!

Mad. de Adhemar puso fin á sus exclamaciones mandándoles despejar, y en seguida preguntó á Matilde si llevaba la carta de su padre.

Montreal, á quien venia dirigida, se la dió á leer, y Mad. de Adhemar lo hizo en voz alta.

La fecha era de Octubre del año anterior; Mr. Valency contaba muy por encima los peligros que había corrido en su viaje alrededor del globo.

Después de haber perdido muchas veces la esperanza de regresar á mi país, decía, me hallo en visperas de darme á la vela en un navío que sale de Borbon para Hamburgo; apenas desembarque, iré volando á los brazos de mi hija, de mi hermana, de mi mejor amigo. ¡Quiera el cielo que á todos los encuentre sanos y felices!

—¡Hermano de mi alma! Querido hermano, exclamó la pobre señora profundamente conmovida!....

¡Ya te había llorado por muerto!

Paulina, que hasta entonces había guardado silencio, rompió diciendo:

—¡Es cosa extraña que mi tío no haya vuelto á escribir! Al cabo de ocho meses, tiempo ha tenido de sobra. ¿Sabe Dios lo que puede haberle sucedido en ese tiempo?

Montreal la miró de un modo tan significativo, que la obligó á bajar los ojos y ponerse colorada, no de vergüenza, sino de coraje.

—Prima mía, dijo Matilde con dulzura estrechando su mano: ¿Por qué quieres turbar nuestro gozo despertando nuevas inquietudes?

—Yo no trato de turbar el gozo de nadie, replicó Paulina con tanta dureza y orgullo, que todas sus facciones se trastornaron. Pero la razón me dice que parece una locura dar por seguro lo dudoso!

—Sal de aquí, pájaro de mal agüero! gritó su madre con voz imperiosa y altanera por la ira.

Paulina se levantó, erguida como un huso, miró á todos por encima del hombro, y salió de la sala tarareando.

Matilde suspiró, diciendo por lo bajo: ¡qué horrible cosa es la envidia! ¡Oh, Enriqueta! si no me hubieras cu-

rado de ella!... mi padre se avergonzaria de tenerme por hija! ¡Pobre tía! caro paga el descuido de no haberla corregido á tiempo!

XVIII.

Los días que siguieron al recibo de la carta pasálos Matilde en un estado de agitación, que no la permitía estarse quieta.

—¡Enriqueta mía! exclamaba continuamente, Dios ha escuchado nuestra plegaria, es preciso que vayamos á darle las gracias en el mismo sitio que se la dirigimos.... tenemos que ir á la Isla de los Sauces.... pero lo dejaremos para un día en que no esté Paulina en Montbrison... Quisiera estar sola contigo.... Decidme, añadía mirando á su tutor: ¿Qué variaciones pensais que habrá tenido el rostro de mi padre desde que se retrató? quiero figurármele tal como es ahora, para reconocerle á primera vista.

Montreal se prestaba con tal complacencia, detallábale con tal minuciosidad las variaciones que suelen imprimir el tiempo y la variación de climas en el rostro del hombre, que Matilde una vez gritó entusiasmada: con ayuda vuestra y la de mi querida Enriqueta, me propongo hacer un retrato que se le parezca muchísimo.

—Pues manos á la obra, dijo Enriqueta deseosa de abreviar las horas que á Matilde le parecían siglos. Pero ésta comprendiendo que no estaba su pulso para manejar el pincel, soltóle bien pronto, y dijo: ¡Lo que yo quiero es ver cuanto antes el original! ¡Válgame Dios, qué lentas corren las horas!

En aquel momento la entregaron un billete muy perfumado; era de su tía, y en él la participaba que se veía en la precisión de partir á Clermont, para ver á una parienta de su marido, con quien la era preciso arreglar los negocios de la herencia. Madama de Adhemar concluía su carta diciendo: No dejes de avisarme con un propio la llegada de tu papá, en el caso de que arribe antes de mi regreso.

—¿Se ha ido ya mi tía? preguntó Matilde al dador de la carta.

—Sí, señorita, contestó el criado; las señoras hace una hora que salieron de Montbrison.

—Adonde pienso ir ahora mismo, si Enriqueta gusta de acompañarme. Necesito ir á la Isla de los Sauces. ¿Comprendes?

—Comprendo, y me hallo dispuesta á seguirte, con permiso de mamá Montreal.

—Lo teneis, hijas mías, lo teneis, exclamó la buena señora; yo nunca me niego á las cosas justas... ¿Pero supongo que volveréis á la hora de comer?

—¡Sí, sí, mamá! respondieron ambas á la vez, acariciando á la esposa del doctor, y disponiéndose á partir, escoltadas por el criado de Mad. de Adhemar.

—¡Cómo te querrá mi padre, cuando sepa lo que has hecho por mí! decía Matilde estrechando la mano de su amiga. ¡Qué sorpresa le aguarda!

¡Viene buscando una hija, y son dos las que le esperan! Porque tú, Enriqueta mía, tú le vas á querer tanto como yo. ¿Verdad?

—¿Eso quién lo duda? Pero, ¿y si quiere separarnos?

—¡Separarnos!... repitió Matilde con viveza. ¿Te atre-

ves á suponer que mi padre sea un ingrato? No, Enriqueta, no; mi padre te amará como á mí. ¡Va verás qué felices somos á su lado!

Al llegar al castillo, manifestó Matilde su deseo de dirigirse á la casa primero que á la Isla de los Sauces.—Entremos por la puerta principal, dijo; quiero ver muy despacio los retratos de papá y mamá, que tiene mi tia en su cuarto.

La puerta del castillo estaba abierta, y el portero ausente. Un caballo cubierto de sudor, pacia libremente la yerba, ó ramoneaba sin obstáculo alguno las madre selvas que subían en guirnalda y festones alrededor del tronco de los tilos, cuya doble hilera guarnecía el patio de entrada.

Al llegar al vestíbulo, mientras el criado ataba el noble cuadrúpedo á uno de los troncos inmediatos á la puerta, oyeron ellas un rumor que salía del castillo, y asemejábase á sollozos lejanos.

—¿Qué habrá sucedido? preguntáronse las dos amigas dirigiéndose una mirada de inquietud, y subiendo de dos en dos los escalones: los criados se hallaban reunidos en lo alto de la escalera; una voz desconocida y varonil decia:

—No, no; voy á partir inmediatamente, que me ensillen un caballo; el mio está medio muerto de fatiga... Dáos prisa, por Dios.

—Allá vamos, señor, allá vamos, gritaron á la vez tres ó cuatro servidores; pero al ver á Matilde que subía la escalera, un grito general salió de todas las bocas. Ahí viene; ahí teneis á vuestra hija, esa es la señorita, repetían unos y otros.

Matilde corrió hácia su padre, éste voló á su encuentro, y ambos confundieron sus caricias; la emoción los ahogaba. La sensible niña casi había perdido el conocimiento. ¿Cómo pintar los trasportes de su alegría cuando al recobrarle se halló en los brazos de su padre, que la

prodigaba los nombres mas tiernos y las caricias mas apasionadas, como si quisiera remunerarla en una hora de las privaciones de tantos años. Matilde reía, lloraba, estaba loca, ó por lo menos delirante.

Enriqueta, de pié, á cierta distancia, mirábala llorando tambien.... pero sus lágrimas no eran solo de alegría, se acordaba de su padre; alegrábase de la dicha de Matilde, pero entristecía al pensar que para ella se había concluido para siempre.... que la muerte le había robado á su natural protector, á su maestro, á su amigo, á su padre... De pronto Matilde, desasiéndose de los brazos de Valency, corrió á los de su amiga, estrechóla contra su corazón, y empujándola suavemente hácia su padre, cayó de rodillas á sus piés, y dijo:

—¡Padre mio!

Aun os falta conocer á otra hija, bendicid á mi hermana Enriqueta, á mi amiga, mi preceptora, mi segunda madre; la pobrecilla está huérfana, es extranjera... Es despues de vos, la persona que quiero mas en la tierra; la debo mas que la vida, sed nuestro padre comun, bendicidnos á entrambas.... Valency no comprendia.... pero se hallaba enternecido.... estendió ambas manos sobre las cabezas de Matilde y Enriqueta, y con voz conmovida, exclamó:

—A entrambas os bendigo, la hermana adoptiva de Matilde debe ser, y es tambien hija mia, venid una y otra á mis brazos.

Matilde levantó á Enriqueta; casi la cogió en brazos para arrojarla en los de su padre, que á las dos acogió con ternura.

Y largo rato las tuvo abrazadas estrechamente.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.

VARIEDADES.

ABNEGACION HERÓICA.

Vamos á referir á nuestras amables lectoras del CORREO un suceso ocurrido no ha muchos años; drama interesante en que se pinta hasta dónde puede rayar el heroísmo de una mujer. Los nombres de los personajes que en él figuran son supuestos, por no dejarlos en claro, ni decir los verdaderos.

Mr. Barbier, rico comerciante de una colonia francesa, contrajo matrimonio en Paris, en 1834, con Octavia de Surville, jóven descendiente de una de las mas ilustres familias de Normandía, y que ademas de estar dotada de excelentes cualidades poseia una considerable fortuna. Algunos meses despues del casamiento, Mr. Barbier regresó á su país con su mujer, á quien acompañaba una hermana de leche, mas bien como amiga de la infancia que en calidad de doncella, á pesar de que en la casa se le daba tan modesto título.

Mr. Barbier adoraba en su mujer, y dos años pasaron sin que el más leve disgusto turbase la felicidad de los esposos, cuya union se estrechó más y más con el nacimiento de un hijo. Sin embargo, á fines del segundo año su carácter, hasta entonces alegre, se hizo tétrico y sombrío. Rompió con casi todos sus amigos sin motivo ostensible, y prohibió á su mujer las reuniones á las cuales la había acompañado hasta entonces con orgullo. ¡El infeliz tenia celos!

Pronto esta pasión, nacida espontáneamente, halló un incentivo poderoso. Pablo Reyer, su primo-hermano, jóven educado en Paris, acababa de llegar de Europa, pidiendo asilo al único pariente que tenia en la colonia, adonde era llamado para recibir una pingüe herencia algo litigiosa.

Barbier le recibió al principio con expansiva cordialidad, pero no tardó en demostrarle cierta indiferencia.

Previendo el jóven Pablo que se prolongaría su estancia en la colonia, alquiló una casa inmediata á la de su primo y se instaló en ella. No por esto dejó de pasar casi todos los dias á casa de aquel, quien, lejos de agradecerle las vi-

sitas, creía que Pablo escogía los momentos en que su esposa se hallaba sola en casa. Desde entonces se aumentaron los celos de Barbier, y llegaron á su colmo cuando al regresar de un breve viaje, le dijo uno de sus negros que Pablo Reyner había pasado la noche en su casa.

A las preguntas que le dirigió acerca de esta revelación, sólo contestó el negro jurando por su padre que había visto muchas veces á Pablo introducirse en la casa á hora avanzada de la noche y no salir de ella hasta el amanecer.

Octavia parecía sin embargo tan pura y amante como siempre. No comprendiendo el motivo de la tristeza de su marido se esforzaba por devolverle con sus caricias la alegría que echaba de ménos en su espíritu. Pero la felicidad había huido para siempre de aquella casa, y la triste esposa no hallaba más consuelo que en los tiernos cuidados que prodigaba á su hijo.

Entregado el celoso á sus proyectos de venganza, pretestó para llevarlos á cabo un nuevo viaje y se quedó en la ciudad. Hacia la media noche entró secretamente en la casa y se colocó cerca de las habitaciones de su mujer. Al rayar el día se abrió una puerta, oyóse el ruido de un beso, y apareció un hombre... Este era Pablo. El furor cegó á Barbier que no pudo proferir una palabra; pero de un pistoletazo á quemarropa lo tendió sin vida á sus piés.

¿Qué pasó entonces entre el asesino y su esposa que acudió al ruido de la detonación?

El desgraciado marido fué preso y se negó á contestar á las preguntas de los magistrados. Terribles eran los cargos que contra él resultaban, porque siendo único heredero del hombre á quien había matado se le suponía el pensamiento de haberse querido apropiar por medio de un crimen los bienes de su pariente. Nada probaba el delito de adulterio, y su condenación parecía inevitable.

Abriéronse los debates del tribunal. Pálida y sin fuerzas presentóse Octavia; pero recobrando alguna energía al ver á su marido, dijo con voz segura aunque débil: «Yo sola soy la culpable: soy una infame que ha llenado de baldon

al hombre que había jurado amar y respetar toda mi vida!» No pudo decir más: sus fuerzas la abandonaron, y entre las maldiciones de todos los concurrentes fué trasladada á su casa.

Notable coincidencia! El impetuoso Mr. Barbier oyó esta confesión solemne y terrible sin revelar ningún sentimiento de cólera, y no dejó de causar bastante sorpresa ver correr alguna lágrima por su mejilla.

Terminado el proceso, Barbier fué absuelto y puesto en libertad. Cuando volvió á su casa, su mujer se había retirado ya á una pobre casa fuera de la ciudad, acompañada solo de su camarera que no quiso abandonarla.

Así trascurrieron cinco años. Mr. Barbier cayó enfermo y se puso á las puertas de la muerte. Recibidos ya los últimos Sacramentos, llamó á los magistrados, á sus parientes, á sus amigos, y les dijo: «El remordimiento me mata... Mi mujer es inocente. Pablo estaba enamorado locamente de la hermana de leche que Octavia trajo de Europa, y así es que por ella y no por mi esposa salía de sus habitaciones. Momentos después del homicidio, supe toda la verdad por la desgraciada joven. Imaginad mi desesperación. Quise revelar la verdad, pero Octavia se opuso diciéndome: «¿No ves que si proclamas mi inocencia vas al patíbulo? Alberto es rico, y tú su único heredero... ¿Cómo desvirtuarás tan terrible prevención en contra tuya?»

«Ya sabéis lo demás, añadió Barbier. Fuí cobarde, cedí, y evité mi castigo al precio de la deshonra de mi mujer. El remordimiento de mi debilidad la ha vengado.»

Nuestras lectoras calcularán el efecto de tan tremenda relación. Su resultado fué que las personas más notables de la ciudad llevasen en triunfo á la mártir esposa junto al lecho del moribundo.

La providencia quiso completar la felicidad de Octavia. Su marido recobró milagrosamente la salud, y gozó con él, ya curado de la desastrosa pasión de los celos, muchos años de paz y bienestar.

A.

MODAS.

El grabado en negro que acompaña á este número, muestra armadas las dos faldas cuyo patron reducido recibieron nuestras lectoras en el anterior. El modelo núm. 1 del patron correspondía á la figura que va en primer término, cuya falda lisa por delante y cerrada con botones, lleva un ribete de seda en cada costura y dos tablas por detrás en el talle; el modelo núm. 2, correspondía á la otra figura, falda que no lleva vuelo ninguno por arriba y si un guipure en todas las costuras. Los cuerpos de ambos trajes son al-

tos, de talle redondo y adornado en el hombro y bajo de la manga como las faldas.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.